palabras que habia proferido el austriaco, y D. Juan se reclinó en el lecho, para dar reposo á sus miembros, ya que no descanso á su espíritu.

CAPÍTULO XIV.

AFLUENCIA DE VIAJEROS.

En el estremo occidental de la iglesia de los Evangelistas se alzaba un pequeño edificio, de forma bastante elegante. Este edificio que podia llamarse muy bien pequeño palacio, perteneció á una familia de las mas nobles del condado; pero con el trascurso del tiempo y frecuentes guerras civiles, la familia se fué estinguiendo y el edificio vino á manos de maesse Albino, quien lo destinó á parador. Los muros deberian estremecerse al presenciar tan sacrílega profanacion, si bien es verdad que maesse Albino dejó intacto el escudo de armas, escribiendo debajo de él con brillantes letras de bronce: PARADOR DE LOS CABALLEROS.

Este título aristocrático, confirmado por una parte con la delicada asistencia del parador, y por otra con el subido precio á que hacia pagar maesse Albino su hospitalidad, alejaba huéspedes de mediana fortuna, y daba al palacio generalmente nobles y distinguidos habitantes.

A las seis y media de la mañana del dia 24 de Julio llegaron al PARADOR DE LOS CABALLEROS dos hombres montados en buenos corceles, pero rendidos y empolvados. Estos dos viajeros eran los mismos que se habian adelantado poco antes á la comitiva de D. Juan.

—Capitan Roberto, dijo uno de ellos, descabalguemos en este parador, que segun las trazas debe ser el mejor servido de Namur.

—Descabalguemos, si así os place, caballero Mos de Theron, ya que puedo llamaros con vuestro verdadero nombre, repuso el capitan Roberto.

—Mejor será que me llameis capitan Rodolfo, como antes.

—Descabalguemos, capitan Rodolfo, ó si queréis capitan diablo.

Los viajeros descabalgaron, pusieron sus sudados corceles en manos de un mozo de cuadra, subieron al piso principal, y se encontraron con maesse Albino, quien los saludó cortesmente, siguiendo su antigua costumbre de cambiar saludos á oro.

No era maesse Albino un posadero en toda la estension de la palabra; es verdad que recibia huéspedes, pero estaba en él muy marcada la diferencia que se nota entre el posadero y el fondista. La limpieza y esmero de su traje, la entera blancura de sus manos, su aire cortés, su sonrisa afable sin tener nada de chocarrera, lo hacian recomendable y hasta querido de sus huéspedes, que siempre quedaban parroquianos.

El capitan Rodolfo, así llamarémos á Mos de Theron mientras siga usando aquel nombre, pagó con una brusca inclinacion de cabeza las cortesías de maesse Albino, y preguntándole

—¿Cómo te llamas? siguió andando por el corredor.

—Maesse Albino, para serviros, caballero, repuso el cortés posadero.

—Pues bien, maesse Albino, venimos bastante cansados, y necesitamos una habitacion y dos camas, observó Theron sin pararse.

—De muy pocas habitaciones puedo disponer, caballero, por estar tomadas algunas para los señores que acompañan á la hermosa reina de Navarra.

—¿Qué reina de Navarra es esa? preguntó el capitan Roberto.

—La esposa de Enrique de Borbon, repuso Rodolfo bruscamente.

—¿Del jefe de los hugotones? observó el aleman.

—Del mismo. Pero vamos á lo que importa. ¿No tienes ninguna habitacion que alquilarnos?

—Tres tengo, repuso maesse Albino, con su risita inestinguible.

—Con una tenemos bastante, pero la queremos al punto.

—¿Cuál elijen vuesas señorías? preguntó maesse Albino inclinándose.

—Cualquiera, replicó Roberto, que solo deseaba descansar.

—Maesse Albino tomó una llave, pero Rodolfo le detuvo preguntándole:

—¿En dónde están esas habitaciones de que hablábamos?

—En el piso principal las tres, dijo Albino con otra profunda cortesía.

—¿Y de qué piezas se componen? preguntó el capitan Rodolfo.

—La mayor tiene una antesala con dos balcones á la calle, una sala con dos alcobas y dos balcones al jardin, y un preciosísimo gabinete con un balcon al jardin tambien.

—¿Y cuánto gana esa habitacion de tantas salas y balcones?

—Trescientos florines al mes, precio fijo.

—¿Trescientos florines? ¡Vive Dios que te estás burlando!

—Está cubierta de tapices, alfombrada con el mayor gusto, perfectísimamente amueblada, y se dá asistencia de príncipe.

—Sin embargo, háblame, maesse Albino, de otra habitacion, dijo Rodolfo.

—La segunda tiene una sala, un gabinete y una alcoba con dos balcones á la calle, está amueblada como la anterior, y solo gana doscientos florines al mes: precio fijo, como he indicado.

—Veamos la tercera, maesse Albino, y despacha pronto.

—La tercera se halla colocada á la derecha de la segunda: se compone de un gabinete y una alcoba, tiene un balconcito á la calle, está amueblada con primor y gana cien florines al mes.

—Manda que nos pongan las camas en la tercera, maesse Albino.

—Al momento daré mis órdenes. ¿Hay que subir algun equipaje?

—¿Tienes desconfianza?

—Creí....

—En la cuadra están nuestros caballos y aquí esta bolsa llena de oro. No me gusta tirar el dinero; pero no soy pobre. ¿Quieres que pague adelantado?

—De ningun modo, ni he querido....

—Escusa tanto cumplimiento y manda que arreglen las camas.

Maesse Albino tomó al instante sus disposiciones, y muy en breve reposaron los dos fatigados viajeros.

Ocho horas despues maesse Albino hacia profundas reverencias al caballero Eduardo de Bouneville, señor de Capres, que acababa de llegar con dos criados y un brillantísimo equipaje.

—Hola, maesse Albino, ¿está desocupada mi habitacion? decia Capres.

—Tengo la fortuna de ofrecerla á vuestra señoría, y es una fortuna por cierto, le replicaba maesse Albino inclinándose como un junco.

—¿Por qué razon es una fortuna que me ofrezcais mi alojamiento?

—Porque llega esta tarde Margarita de Francia, y tengo que alojar muchas personas de su corte en este mi pobre parador.

—¿Supongo que, ademas de mi cuarto, tendrás algun chiribitil en que alojar á esos perillanes? dijo Capres señalando á sus dos criados.

—En mi propia alcoba, señor, si no se encuentra otro remedio.

—Eres el fénix de los huéspedes, y mas vale pagar en tu casa doscientos florines, que en otras medio. Ya ves como te hago justicia.

—Eso mismo dicen muchos caballeros, señor.

—Da la llave á uno de mis criados.

Maesse Albino ejecutó la órden, y momentos despues Eduardo de Bouneville tomaba posesion, por la módica cantidad de doscientos florines, de la salita y gabinete que creyó cara el capitan Rodolfo.

Una sola habitacion desalquiliada habia quedado á maesse Albino en su PARADOR DE LOS CABALLEROS; y á pesar de tan buena entrada, estaba inquieto porque no tenia ya esperanza de adjudicar su perla; así llamaba la habitacion de los diez florines diarios. Se habia asomado muchas veces á la balaustrada de la escalera y preguntado á los mozos de cuadra si asomaban algunos viajeros, sin tener respuesta favorable, cuando vió subir á dos mujeres, vestidas en traje de camino, y seguidas de un labrador, que conducia dos pequeñas maletas de cuero.

La mas jóven de estas dos mujeres, que parecia ser la que mandaba, contaria apenas diez y ocho años, y al verla quedó maesse Albino deslumbrado con su soberana hermosura: la otra, que aya debia ser ó ama de llaves, tendria siete lustros escasos, y no podia llamar la atencion, ni por fealdad ni por belleza; siendo una de aquellas mujeres que, sin inspirar grandes pasiones, no van al sepulcro con palma.

—¿Caballero, preguntó la mas jóven, tendréis la bondad de decirme en dónde está el dueño de este elegante parador?

—Señorita, repuso al momento maesse Albino, afectando sus cortesías, tiene el alto honor de escucharos.

—¡Ah!

—¿En qué puedo serviros, señora?

—¿Teneis alguna habitacion desalquilada?

Maesse Albino miró á la jóven y al equipaje, y dudó mucho que dos mujeres, con tan poco boato, quisieran pagar una habitacion de tanto precio; pero sin embargo contestó con su acostumbrada cortesía:

—Una sola tengo, señora, y es la única que puedo ofreceros.

—¿Me haréis el favor de conducirme á ella al instante?

—Debo advertiros que es muy espaciosa.

—Mejor.

—Y que gana trescientos florines mensuales.

—No están caras las habitaciones en Namur, dijo la jóven con la mayor naturalidad; y dirigiéndose á maesse Albino añadió:

—Me acomoda la habitacion; tened la bondad de guiarnos.

Maesse Albino no cabia en sí de satisfaccion, al ver que al fin habia adjudicado su perla cuando menos pensaba en ello: haciendo nuevas cortesías, tomó las llaves y marchó delante declamando la siguiente arenga:

—En este gabinete se alojan dos terribles capitanes, que llegaron esta mañana momentos antes de entrar el príncipe.

—¿Sabeis cómo se llaman esos terribles capitanes? preguntó la jóven.

—Se llaman Roberto y Rodolfo, repuso al momento maesse Albino.

—Roberto y Rodolfo, repitió la jóven: bien pueden ser. Maesse Albino continuó, queriendo así congratularse con las espléndidas viajeras:

—En esta habitacion, que se compone de una sala, un gabinete y una alcoba, y que gana doscientos florines mensuales, se aloja el caballero Eduardo de Bouneville, señor de Capres, y uno de mis mejores parroquianos.

—Decidme, maesse Albino, interrumpió la jóven, ¿Bouneville y los capitanes se conocen?

—No se han visto siquiera, señora.

—Puede ser que no sean ellos.

Maesse Albino abrió la puerta en aquel momento, y cuadrándose con toda la gentileza de un lacayo, señaló con donaire á las dos viajeras su magnífica habitacion.

—Entrad, maesse Albino, entrad tambien, dijo la jóven con su voz dulce y penetrante; y dirijiéndose á su aya, añadió:

—Toma esas maletas, Catalina, y dá dos florines al mozo.

Maesse Albino creia muy natural que le pagaran diez florines diarios por una buena habitacion; pero le parecia una locura pagar tan caro á un mandadero. Sin embargo, era demasiado hábil para malquistarse con un hombre que podia traerle muchos viajeros, y á quien quizás debia el recibir á una jóven tan generosa: aprobó pues con una sonrisa la disposicion de la viajera, que se habia sentado en

un sitial, y la dijo haciéndola uua profunda cortesía.

—¿Teneis que mandarme, señora?

—Esperad un momento, si podeis, y no impido vuestros quehaceres.

—Estoy enteramente á vuestras órdenes.

—La mejor cualidad de un huésped es pagar bien y puntualmente: ¿no os parece que tengo razon?

—Señora....

—Me habeis dicho que esta habitacion gana trescientos florines mensuales.

—Ecsactamente.

—Catalina, dá á maesse Albino trescientos florines por los alquileres de un mes.

Catalina sacó una gran bolsa de seda verde, dió dos florines al mandadero, que se despidió haciendo las mas grotescas reverencias, y despues puso sobre una mesa porcion de monedas de oro que sumaban el alquiler de la habitacion.

—¿Señora, preguntó maesse Albino echando una mirada codiciosa á aquellas brillantes monedas, ¿permaneceréis todo el mes?

—No puedo decíroslo; pero si tengo que marchar antes, nada tendréis que devolverme, pues os lo regalo desde ahora.

—¡Válgame Dios! dijo maesse Albino inclinándose con mas humildad que otras veces, doy hospedaje sin la menor duda á una princesa, que viaja de incógnito.

—No, maesse Albino, estoy tan lejos de ser princesa....y se interrumpió de repente con inesplicable turbacion.

—¿Tiene que mandarme V. A? dijo maesse Albino insistiendo en tratarla como á princesa.

La viajera se estremeció y repuso:

—Ya os he dicho, maesse Albino, que soy una simple particular; pero, como mujer, curiosa. ¿Qué novedades hay en Namur?

—Novedades que llamen la atencion, la venida de D. Juan de Austria esta mañana, y la de la reina Margarita que se verificará esta noche.

—¿Y se dice á qué ha venido el príncipe D. Juan?

—Ha venido, señora, á hospedar á la hermosa reina de Navarra.

Los labios de la hermosa viajera se agitaron imperceptiblemente, y tartamudeó, ahogando un ardiente suspiro.

—¿Pero es seguro que viene la reina de Navarra?

—Segurísimo. A las cuatro en punto de la tarde pasaron por aquí D. Juan de Austria y su brillante comitiva, con intento de recibirla á larga distancia de la ciudad, contestó al punto el posadero.

—¿Y pasarán por aquí á la vuelta?

—Sin duda: entrarán por la puerta de Soissons, y este es el camino derecho. Asomaos, señora, á este balcon, prosiguió maesse Albino llevando á la jóven hasta uno de ellos. ¿Veis aquellas torres, á la izquierda, apenas plateadas por el crepúsculo? Son las de la iglesia de los reverendos padres de la Cruz, casi contiguas á la puerta por la cual la reina debe entrar. Mirad, señora, á la derecha. ¿Veis ese soberbio edificio, cuyas altivas torres se destacan como vigilantes centinelas? Es *el palacio de las flores* que aloja á S. A. y en breve alojará á S. M.

—¿Margarita debe habitar bajo el mismo techo que el príncipe?

—Así está dispuesto. ¿Pero no veis? Ya están iluminando el palacio y algunas casas particulares; voy á dar mis disposiciones para que iluminen el parador.

Maesse Albino recojió en un momento los trescientos florines, y salió dejando á la jóven entregada á profundas meditaciones. Catalina, muda y de pié, seguia las miradas de su señora, que ya se fijaban en las torres completamente iluminadas del magnífico *palacio de las flores*, ya en las oscuras y sombrías de la iglesia de los reverendos padres de la Cruz.

Todos los balcones del parador se fueron tambien iluminando, y momentos despues entró maesse Albino en la habitacion de la viajera con cuatro hachas, que era su dotacion correspondiente, á razon de dos por cada balcon. La jóven le dejó iluminar uno de ellos; pero al acercarse al que ocupaba, dijo á maesse Albino:

—Tengo que pediros un favor, y quiero que me lo otorgueis.

—Como gustéis, señora mia, repuso el complaciente huésped.

—Quiero que no pongais ninguna luz en este balcon.

—Pero....

—Deseo ver pasar la brillante comitiva, y no quiero ser vista de nadie: si poneis luces, me obligaréis á estar dentro.

—Señora, repuso maesse Albino inclinándose, cumpliré vuestra voluntad; y añadió para sí: ¿será esta dama la célebre madrileña María de Mendoza ó la italiana Diana Phalangi, amigas ambas de D. Juan? Despues prosiguió:

—Escuchad, señora, ya empieza el repique de campanas y las salvas de la ciudadela; los príncipes entrarán en breve.

La estranjera no escuchaba ya á maesse Albino, y miraba sin interrupcion hácia el estremo de la calle por donde debian aparecer la reina, el príncipe y sus comitivas.

Cada momento parecia un siglo á la jóven y hermosa viajera; pero otra persona, menos interesada ó impaciente, no hubiera tenido motivo de quejarse, porque antes de cinco minutos apareció la comitiva, y casi al mismo tiempo se distinguieron las personas.

Marchaban delante, la reina Margarita, sobre una yegua color de cisne con paramentos de seda y oro, vestida con una falda de paño verde oscuro, un corpiño de terciopelo negro y una gorra con una pluma; y el príncipe D. Juan, cabalgando sobre su brioso caballo negro, que heria los pedernales con piés y manos, como hieren el yunque los martillos, y se regaba el pecho con blanca espuma, tascando su freno dorado. Inmediatamente seguian varias damas de grande hermosura y vestidas como la reina; cerrando el cortejo gran número de caballeros, españoles, franceses y alemanes.

La reina y el príncipe mantenian animada conversacion, y la viajera se mordia los labios, y lanzaba miradas de fuego sobre aquella hermosa pareja.

Cuando se presentó la jóven en *el parador de los caballeros*, no solo llamaba la atencion por su prodigiosa belleza, sino tambien por la dulzura de sus aniñadas facciones: en el momento de pasar los príncipes bajo su balcon, era una tigre, que no pudiendo devorar su presa, ruge y se hiere sin piedad.

—Señora, dijo maesse Albino, qué hermosa pareja hacen el príncipe y la jóven reina de Navarra.

—Hermosa pareja, hermosa pareja, murmuró la jóven con reconcentrado furor.

Los príncipes pasaron al trote, en pos de ellos la comitiva, maesse Albino dejó el balcon para entregarse á sus quehaceres, y la estranjera siguió mirando hácia *el palacio de las flores*, con una espresion de amargura, de indignacion y de sarcasmo, que ni puede describir la pluma, ni logrará copiar el pincel.

Eduardo de Bouneville estaba echado de bruces en uno de sus dos balcones, el mas distante de la habitacion de la jóven, y los dos capitanes estaban tambien en el suyo, en conversacion muy seguida. Bouneville se inclinó cuanto pudo y dijo muy bajo:

—Mos de Theron.

Mos de Theron se encontraba muy embebido en su discusion, y no oyó las palabras de Bouneville.

—Mos de Theron, repitió Eduardo á media voz.

Al oir este nombre, hizo la viajera un movimiento de alegría, y poniendo toda su atencion oyó al capitan responder:

—¿Eduardo de Bouneville?

—El mismo, repuso el señor de Capres.

—Pasaré á vuestra habitacion.

—Venid pronto.

—Allá voy.

El capitan se metió, imitándole Bouneville, y la viajera dijo:

—No me engañé, aquí estaba Mos de Theron.

CAPITULO XV.

UNA BUENA VECINDAD.

Inmediatamente la jóven cerró la puerta de su estancia, y reclinándose contra los tapices que cubrian el muro contiguo á la habitacion de Bouneville, aplicó el oido, por si lograba sorprender algunas palabras de la conversacion que debian tener los dos importantes personajes. Al reclinarse la viajera, notó que el tapiz cedia mucho, y alegre y recelosa al mismo tiempo lo desclavó por la parte inferior, y levantándolo con ayuda de Catalina, encontró el hueco de una puerta, cerrada con llave y cerrojo, y que debia comunicar con la habitacion de Eduardo. Este descubrimiento era un tesoro para la viajera, y colocándose en el hueco, aplicó el oido á la cerradura, oyó primero arrastrar dos sitiales, y despues la voz de Bouneville que decia:

—¡Vive Dios! que ha sido una fortuna haberos hallado tan pronto: no sabia vuestro paradero y esperaba en la casualidad.

—¿Qué sabeis de Felipe de Marnis? repuso el capitan Rodolfo.

—Anoche á las doce llegó á Bruselas, contó á los Estados generales cuanto acababa de suceder, y á las dos de la madrugada me puse camino de Namur, adonde he llegado felizmente.

—¿Qué carácter traeis, Bouneville?

—El de enviado de los Estados generales cerca del príncipe por una parte, y el de vuestro aucsiliar por otra.

—¿Qué pensais hacer cerca del príncipe D. Juan?

—Suplicarle encarecidamente que vuelva á Bruselas al momento.

—Bueno seria; ¿pero y si se niega como espero?

—Si se niega....

—¿Qué pensais hacer?

—En ese caso obraréis vos, Mos de Theron.

—Advertid que en Namur me llamo el capitan Rodolfo.

—En ese caso, capitan Rodolfo, esperaré vuestras instrucciones.

—Pues me parece que tendré que empezar á instruiros.

—Hablad: ¿con qué medios contais?

—Con todos los soldados alemanes que quieran seguir nuestras banderas: y juzgo que todos querrán, si el diablo no se mezcla en ello.

—¿Serán muchos, Mos de Theron ó capitan Rodolfo, esos aucsiliares?

—No sé, Bouneville; pero con el tiempo lo sabrémos.

—Pues es preciso que ese tiempo no sea muy largo, capitan.

—Los soldados no pueden reunirse en un dia. Hemos hecho nuestro llamamiento y muy en breve verémos si da resultados.

—¿Queréis decirme quién os acompañaba al balcon?

—El capitan Roberto. ¿No le conoceis, Bouneville?

—Juro á Dios que no le conozco, ni de nombre.

—Pues es muy digno de ser conocido, señor de Capres.

—Así lo creo; pero sin embargo no he tenido tamaño placer hasta hoy.

—Es uno de los comisionados imperiales, y el mas influyente de todos.

—Habeis dicho bien, capitan Rodolfo; es un hombre muy importante, y ejercerá poderoso influjo sobre los soldados alemanes.

—Es jóven, valiente y ambicioso: tres escelentes cualidades.

—Tres magníficas cualidades para conjurado, ¿no es eso?

—He tenido, Bouneville, la suerte de elejirlo, y es un mozo que me hace honor. Vale mas que cien mercaderes flamencos.

—Me lo presentaréis, capitan, cuando os parezca conveniente.

—Mañana mismo, señor de Capres, y quedaréis muy satisfecho.

—¿De modo que en dos ó tres dias nada podréis emprender?

—Nada. Trabajad vos durante ellos, que ya me llegará mi turno.

—En ellos haré cuanto pueda, y aseguro que no haré poco.

—Mientras voy reuniendo mi gente, instar al príncipe noche y dia; pues viendo que queréis llevarle á Bruselas se creerá seguro en Namur, y es el modo de que aseguremos el golpe.

—Teneis razon: le instaré sin darle descanso un solo momento del dia.

—¿Cuándo iréis á verlo, Bouneville, empezando vuestra mision?

—Esta noche, capitan Rodolfo, ya que os queréis llamar así.

—Opino que no le digais nada hoy. Tengamos un poco de calma.

—Ya lo veo. Se encontrará muy ocupado con la hermosa reina de Navarra, para atender á otros negocios, por mas importantes que sean.

—Y bastante tendrá que hacer si ha de dejarla satisfecha.

—¿Creeis que el príncipe galanteará á la esposa de Enrique de Bearne?

—Sé quien es la reina Margarita, y basta con ello, Bouneville.

—¡Vive Dios! que es muy hermosa la joven reina de Navarra.

—Demasiado hermosa, si no fuera tambien muy amable.

—Nos vamos haciendo murmuradores, capitan Rodolfo.

—Teneis razon. ¿Qué nos importan esas boberías?

La conversacion se interrumpió, hicieron ruido los sitiales y la viajera salió del hueco, pudiendo apenas respirar.

Dos conversaciones habian tocado el capitan y Bouneville: era la primera un doble plan de conspiracion contra el príncipe, pero sus efectos no eran inmediatos, y podian ser muy inseguros: la segunda tenia otro carácter; se hablaba de D. Juan, de la reina, de su hermosura, de su amabilidad tambien. Creian que el príncipe debia obsequiarla, y que tendria que obsequiarla mucho para dejarla satisfecha: estas palabras podrian no decir nada, mas era posible tambien que tuvieran un gran sentido.

La viajera encendió una bujía, que puso en la mesa de la sala, y entró sola en el gabinete, cuyo balcon estaba abierto, dando entrada á los ricos perfumes de las mil flores del jardin.

La luna reflejaba blandamente en la superficie de una gran pila de alabastro, y los pececillos jugueteando parecian otras tantas sombras errantes en un espejo de cristal. Los árboles mecian sus ramas cargadas de dorados frutos al suave soplo de la brisa, y algunas aves, sacudidas en sus flotantes nidos, revoloteaban sin poder casi sostenerse. En este cuadro delicioso apenas paró la viajera su atencion, ya muy preocupada por profundas meditaciones; pero sí prestó atento oido á unos pasos que se percibian en una habitacion contigua á la suya, con varios balcones al jardin, y siguió con afan un rayo de luz, que saliendo por una ventana cayó sobre la gran taza de mármol, dorando un poco mas su superficie.

La luz perdió su ondulacion, pero los pasos se acercaron mas á los balcones; y, retirándose la jóven del suyo por temor de ser conocida, oyó que los recien llegados continuaban una conversacion con mezcla de burla é interés.

—No te engañes en decir lo contrario, decia un jovencito de veinte años á otro que rayaba en los treinta: el arreglo no podia ser peor: conozco que no era fácil hacer otra cosa, pero de todos modos protesto contra tan injusto proceder.

—¿Has entregado tu corazon, querido conde, á la seductora Diana? ¿Te has hecho su esclavo? preguntaba el segundo interlocutor.

—No, duque: son mas humildes mis pretensiones; y en vez de remontarse hasta la diosa, me contento con adorar á una de sus ninfas, casi tan hermosa como ella.

—Discreto has sido ¡vive Dios! en tus mitológicos amores, y es muy estraño que la errante corte de Margarita no conozca tus aventuras. ¿Por qué guardar tanto misterio?

—El misterio, querido duque, da mil atractivos al amor.

—Brillante mácsima en una boca de veinte años.

—Y en una de treinta, ¿qué tal sentaria, amigo mio?

—En una de treinta, habiendo pasado algunos de ellos en la corte de Cárlos IX ó Enrique III, seria un lastimoso contrasentido. Desengáñate, los cortesanos de los tres últimos reyes de Francia, están familiarizados con el escándalo y no temen á los venenos. Esto es hablar como francés.

—Hablas como buen hugonote, amigo del rey de Navarra.

—Tuve la fortuna de escapar de la matanza de S. Bartolomé. Pero doblemos esta hoja, que hierve mi sangre al recordarla.

Los dos jóvenes, que parecian pertenecer á la comitiva de la reina, interrumpieron su conversacion, y la viajera no sabia esplicarse qué disposicion ecsasperaba el ánimo de aquel mancebo. Sentia al par de muerte tan inesperada interrupcion, y no respiraba por no perder una sola sílaba si la anudaban.

—Querido duque, repuso por fin el mas jóven, no ha sido mi ánimo ofenderte; y si inadvertidamente he dicho....

—Dejemos esa conversacion, que solamente es enojosa.

—Pero hablemos de mis amores, si te place, y de la injusticia del príncipe: injusticia que no perdonaré jamas.

La viajera se aprocsimó mas al balcon, aun con peligro de ser vista: el jóven prosiguió narrando con alegre volubilidad:

—Convengo contigo en que Diana dispensará sus preciosos favores al glorioso vencedor de Lepanto: convendria en que el gran capitan la declarara buena presa ó la detuviera en secuestro: convendré en mas si es necesario, ¿pero, para retener la diosa, por qué aprisionar tambien las nifas?

—Porque los cabos subalternos querrán tener alguna esclava, y no les faltará razon. El botin debe repartirse.

—¿Lo dices formal? preguntó el conde con acento un tanto desabrido.

—No me rio: y puedes cerciorarte mirándome el rostro.

—Mira que soy capaz de hacer....

—¿Qué?

—Una locura.

—¿De qué tamaño?

—De un tamaño que sea la octava maravilla.

—¿Abultará tanto como mi primo el duque de Maine?

—Mucho mas, duque: te repito que mucho mas.

—Será tan larga como la nariz de maesse Renato, el químico, astrólogo y envenenador de S. M. la reina madre, por otro nombre, Catalina de Médicis?

—Cien veces mas; mil veces mas; y hasta diré un millon de veces.

—¿Una locura tan espantosa como la que queria cometer Turenne, porque se cansó de él Diana?

—Incomparablemente mayor.

—Esplícame lo que quieres hacer.

—Quiero ir á palacio.

—¿Y sentarte á la puerta?

—No, quiero subir.

—¿El primer escalon?

—Tampoco.

—¿Hasta la meseta?

—Quiero hacer ruido, dar un escándalo....

—Calla, calla. Tienes la cabeza muy caliente, y necesitas descansar: probemos, pues, si las camas de maesse Albino son tan blandas como caras sus habitaciones; y es lo mejor que puedes hacer esta noche.

—Bien se conoce, querido duque, que no estás enamorado.

—Distingo: si por enamorado entiendes haber perdido la chabeta, afortunadamente no lo estoy; pero si enamorado llamas al que tiene intriguillas, te juro que en la corte de Margarita no encontrarás un solo caballero enteramente libre del amor: y como ves, soy caballero de la corte de Margarita.

—¡Ay! duque, mientras yo suspiro te burlas, dijo el conde cómicamente.

—Eso consiste en que tengo diez años mas que tú, repuso el duque con frialdad.

—En que está gastado tu corazon como el de la reina de Navarra.

—Bien puede ser, y recuerdo un adagio latino, que aplica la reina muchas veces: *Guta cavat lapidem, no semel nisi semper cadendo.*

—Erudito estás esta noche, y me ha convencido tu latin, aunque no lo entiendo.

—Si quieres brillar algun dia en la corte de la reina Margarita, y cruzando el tropel de ninfas llegar al templo de la Diosa, es preciso que aprendas latin y aun griego, para hablar en él á la deidad.

—Trabajo me das, querido duque, harto superior á mis fuerzas.

—Por ahora quiero darte descanso, ó dármelo al menos. Buenas noches: no quiero que Diana y el príncipe....

Los jóvenes cerraron las maderas, durante las últimas palabras, y se fueron alejando de modo que la viajera dejó de oirlos por mas que fijaba la atencion. Reducida á meditar á solas sobre cuanto acababa de oir, sacaba en claro, que Margarita y todas sus damas se habian alojado en el *palacio de las flores*, á despecho de los galanes que adoraban á Margarita de Valois y á las hermosas edecanas que tan discretamente la servian en sus continuas guerras de amor. ¿Pero quién era aquella Diana, cuyo nombre habian repetido varias veces, ya mezclándolo con el del príncipe, ya presentándola como hermosa entre las hermosas, rica en seducciones y en poder? La viajera se confundia, meditaba, volvia á combinar sus ideas sin adelantar un solo paso. Pasó una malísima noche por no saber quién era Diana, y con todo el mas rudo francés la hubiera dicho: "Margarita de Valois, hermana de Enrique III de Francia, y esposa de Enrique de Borbon, príncipe de Bearne y rey de Navarra, aunque sin reino, se llama á sí misma Diana."

CAPÍTULO XVI.

LA REINA DE NAVARRA.

Dos retratos podemos hacer de Margarita de Valois; el uno de su rostro encantador, y el otro de su vida y costumbres: empezarémos por este último, ó mejor dicho, dejarémos á su digno esposo que nos lo haga. Dice así Enrique el Grande, en su manifiesto contra su esposa, publicado para legitimar su demanda de nulidad de matrimonio.

"Yo no sabia que Margarita á la tierna edad de once años empezó á mostrarse demasiado sensible al amor, ni que Entragues y Charrins se vanagloriaban á la vez de haber conseguido sus primeros favores. No diré si la generosa emulacion de monopolizar esta conquista ú otras causas, sin duda honrosas, pusieron á Entragues al borde de la tumba; lo cierto es que abandonó su patria, buscando en suelo estraño una mujer menos hermosa, pero mas discreta y moderada.

"El príncipe de Martigues ocupó el puesto que acababa de dejar Entragues, y mas feliz que su antecesor, triunfó enteramente de Charrins, á quien no amaba Margarita, quedando único poseedor del corazon de la princesa. Martigues, naturalmente vano, no ocultó su buena fortuna, y conocida de toda la corte, pasó al ejército, dando lugar á las picantes conversaciones de los oficiales de infantería, de cuya arma era el príncipe coronel. Este indiscreto amante se presentaba en los momentos de mayor peligro con una toquilla bordada y un perrito que le habia regalado la princesa, y que conser-